



Las lecturas de este domingo nos confrontan con una realidad que muchas veces preferimos evitar: **la verdad incómoda**. Jeremías, el profeta fiel, es arrojado a una cisterna por proclamar lo que nadie quería escuchar. Jesús, el Verbo encarnado, declara que ha venido a traer fuego y división. ¿Dónde queda entonces la paz que tanto anhelamos?

La paz de Cristo no es evasión de conflictos ni simple armonía superficial. Es la paz que nace de **la verdad vivida con coherencia**, aunque eso provoque incomodidad o incluso ruptura. Como afirmaba san Gregorio Magno: *“La paz verdadera no consiste en la ausencia de lucha, sino en la presencia de la justicia.”*

Jeremías: Profeta en el Lodo

Jeremías no fue un profeta popular. Su mensaje era claro: si el pueblo no se convierte, Jerusalén caerá. ¿La respuesta del poder? Lo acusan de desmoralizar al pueblo y lo arrojan a una cisterna sin agua, donde se hunde en el lodo.

Pero Dios no lo abandona. Un extranjero, Ebed-mélec, intercede por él. El rey lo escucha y lo rescata. Este gesto nos recuerda que **la verdad puede ser silenciada, pero no destruida**.

San Juan Crisóstomo lo expresa con fuerza: *“No hay nada más fuerte que un alma encendida por la verdad. Aunque la arrojen al lodo, brilla como el oro.”*

Jeremías se convierte en signo de todos los que, por fidelidad al Evangelio, son marginados, silenciados o

perseguidos. Pero también es signo de esperanza: Dios escucha el clamor del justo y lo levanta.

Jesús: Fuego que Purifica

En el Evangelio, Jesús pronuncia palabras que desconcertan: *“He venido a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!”* (Lc 12,49).



Ese fuego es el Espíritu Santo, que purifica, ilumina y transforma. Pero también divide, porque **la verdad exige decisiones**. Jesús no busca la división por sí misma, sino que advierte que su mensaje no será recibido por todos. Incluso dentro de las familias, habrá quienes lo acepten y quienes lo rechacen.

San Agustín lo explica con lucidez: *“La verdad une a los que la aman, pero separa a los que la temen.”*

La liturgia de este día nos invita a contemplar a Cristo, como el fuego que revela lo que hay en el corazón. No es un fuego destructor, sino purificador. Como el oro en el crisol, nuestra fe se prueba en la fidelidad a la verdad, aunque eso nos cueste relaciones, prestigio o comodidad.

Verdades que hoy resultan incómodas

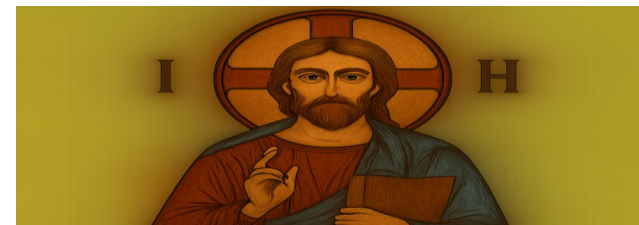
Hoy también hay verdades que incomodan, que provocan rechazo, que nos arrojan —como a Jeremías— al lodo del desprecio. Algunas de ellas son:

La defensa de la vida humana desde la concepción hasta la muerte natural.

La belleza del matrimonio como unión fiel entre un hombre y una mujer.

La opción preferencial por los pobres.

La llamada a la conversión personal.



La centralidad de Cristo como único Salvador.

Estas verdades no son ideologías. Son parte del Evangelio. Y vivirlas con coherencia puede provocar división, incomodidad, incluso persecución. Pero como decía san Basilio:

“No hay mayor gloria que sufrir por la verdad. Ella es la corona del justo.”

¿Y nosotros?

Hoy, como Jeremías, como Jesús, estamos llamados a **ser testigos de la verdad**. No una verdad impuesta, sino propuesta con amor, vivida con coherencia, anunciada con esperanza. En un mundo que relativiza todo, ser cristiano auténtico es un acto de valentía.

Pero no estamos solos. El Señor nos da su Espíritu, su fuego, su fuerza. Como dice el salmo responsorial: *“Me sacó de la fosa mortal, de la charca fangosa; puso mis pies sobre roca firme”* (Sal 39).

La Eucaristía que celebramos es ese fuego que nos purifica y nos fortalece. En ella, Cristo se nos da como Verdad viva, como Paz que nace de la justicia, como Luz que no se apaga. San Juan Pablo II nos exhortaba: *“No tengáis miedo de ser testigos del esplendor de la verdad. Ella os hará libres.”*

Conclusión

La Eucaristía nos fortalece para **vivir la verdad con valentía**. Que no temamos el lodo ni la división, si es por causa del Evangelio. Que seamos, como decía san Ireneo, *“luz en medio de las tinieblas, testigos de la vida que no muere”*.



Sal 39, 2. 3. 4. 18



**Yo esperaba con ansia al Señor;
él se inclinó y escuchó mi grito.**

Me levantó de la fosa fatal,

de la charca fangosa;

afianzó mis pies sobre roca,

y aseguró mis pasos.

**Me puso en la boca un cántico nuevo,
un himno a nuestro Dios.**

Muchos, al verlo,

quedaron sobrecogidos

y confiaron en el Señor.

Yo soy pobre y desgraciado,

pero el Señor se cuida de mí;

tú eres mi auxilio y mi liberación:

Dios mío, no tardes.

El Salmo 39/40 se atribuye al rey David y refleja una experiencia de profunda angustia seguida por una liberación divina. Históricamente, se sitúa en un momento de crisis personal, posiblemente durante la persecución de Saúl o en medio de conflictos internos durante su reinado.

Aspectos clave del contexto:

David como autor: Pastor, guerrero, músico y rey, David vivió intensas pruebas y triunfos. Este salmo refleja su confianza en Dios en medio de la adversidad.

Estructura del salmo:

Versículos 1–10: Acción de gracias por la liberación.

Versículos 11–17: Petición urgente de ayuda ante nuevos peligros.

Imágenes poderosas: “Pozo de la desesperación” y “lodo cenagoso” evocan una situación de hundimiento espiritual y físico, de la cual Dios lo rescata.

Los Padres de la Iglesia leyeron este salmo no solo como una oración de David, sino como una profecía mesiánica que apunta a Cristo. Aquí algunas interpretaciones destacadas:

San Agustín ve, en el salmo, una figura de Cristo que, en su pasión, fue “*sacado del pozo*” de la muerte. Interpreta el versículo “*Sacrificio y ofrenda no te agrada*” como una anticipación del fin de los sacrificios del Antiguo Testamento, reemplazados por la obediencia perfecta de Cristo.

San Jerónimo, enfatiza el “*cántico nuevo*” como símbolo de la nueva alianza en Cristo. Destaca la confianza del salmista como modelo para los cristianos perseguidos.

Orígenes, ve en el salmo una expresión de la lucha interior del alma que busca a Dios. Interpreta el “*rollo del libro*” como la prefiguración de la misión divina escrita en las Escrituras.

Aplicación espiritual

Este salmo nos invita a:

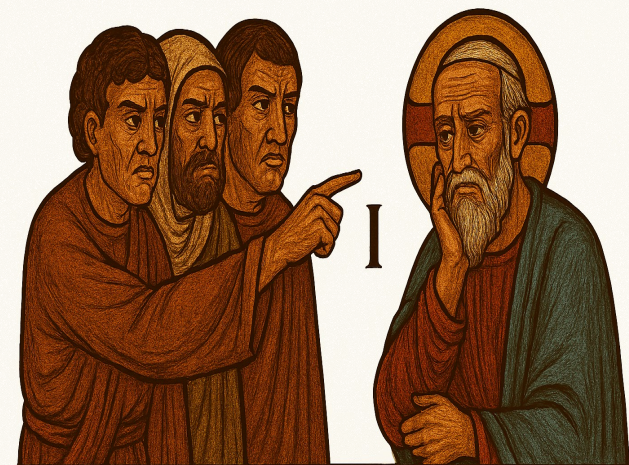
1. **Esperar con paciencia.**
2. **Reconocer la acción divina.**
3. **Vivir con gratitud y misión.**



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

Unos textos para guardar en la memoria del coraz



**HAY QUE CONDENAR A JEREMÍAS
QUE CON SUS PALABRAS
ESTÁ DESMORALIZANDO AL PUEBLO**

Jeremías 38, 4–6. 8–10

En aquellos días, los dignatarios dijeron al rey: «Hay que condenar a muerte a ese hombre, pues, con semejantes discursos, está desmoralizando a los soldados que quedan en la ciudad y al resto de la gente. Ese hombre no busca el bien del pueblo, sino su desgracia».

Lucas 12, 49–53

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo! Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustia sufro hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, sino división.